

# Fred Mustard Stewart

Pasajeros del viento



En el Nueva York de mediados del turbulento siglo XIX, la familia Savage controla la industria naviera y el comercio con China. Pero cuando el patriarca muere, el negocio pasa a manos de sus dos herederos y su prosperidad peligra. Justin Savage, hijo ilegítimo del magnate, se embarca rumbo a China ignorando que Sylvaner, su maquiavélico hermanastro, ha planeado su asesinato. Justin logra sortear el primer atentado, pero el conflicto ha estallado y ya nada puede detenerlo. Tras una larga reclusión entre piratas, Justin movido por el deseo que todavía despierta en él Samantha, su primer amor, se embarcará en una campaña extenuante. El camino será tortuoso, pero su largo periplo por la China imperial, la Inglaterra victoriana y la Italia de Garibaldi, habrá valido la pena: cuando regrese a Estados Unidos sorprenderá a todos aquellos que lo daban por muerto.

*Para mi maravillosa esposa,  
Joan, y para mi agente,  
Peter Lampack, que es magníficamente  
persistente*

# PASAJEROS DEL VIENTO

Fred Mustard Stewart

## NOTA DEL AUTOR

Con anterioridad a la adopción del pinyin por el actual gobierno de China, existía una confusa variedad de reglas ortográficas para traducir los nombres chinos al inglés. La norma estándar que se impuso fue la del sistema Wade-Giles, que vertía el nombre de la capital como Pekín en lugar del pinyin Beijing. He utilizado el sistema antiguo porque habría resultado más familiar a los personajes del libro.

Cuando un emperador chino ocupaba el Trono del Dragón, se le concedía lo que se llamaba «título del reinado», distinto de su verdadero nombre. Así, el emperador Hsien-feng, que ascendió al trono en 1851, recibió el título de emperador de la Abundancia Universal. Con el fin de simplificar el problema, al referirme a dichos gobernantes he adoptado el uso de los títulos del reinado.

### VALORES RELATIVOS

En 1850, un dólar equivalía a 35 de 1995.

Un obrero neoyorquino ganaba al día entre 1,50 y 2 dólares.

La cuota anual universitaria ascendía a 200 dólares.

La visita al médico costaba 5 dólares.

El precio de un pasaje trasatlántico (sólo ida) era de 60 dólares.

# EL PRIMER AMOR

## PRIMERA PARTE

## 1

Justin Savage estaba soñando que navegaba por el océano en uno de los famosos clípers de su padre, cuando le despertó su rolliza niñera.

—¡Justin, despierta! —exclamó Ah Pin—. ¡Ya han avistado el *Sea Witch* frente al Sandy Hook!

El niño, de doce años y cabellos rojizos, se sentó en la cama, totalmente despierto.

—¡Es un récord! —exclamó, al tiempo que apartaba el cubrecama y ponía los pies descalzos en el suelo.

—Sylvaner acaba de traer la noticia —explicó Ah Pin, tendiéndole los pantalones negros, que el muchacho se puso sobre la camisa de dormir—. ¡El muy hijo de serpiente está abajo, saludando a tu padre!

Ah Pin, que en el dialecto cantonés significa «nariz chata», hablaba al pequeño a su cargo en la lengua de la China meridional, tal como le había indicado Nathaniel Savage, padre de Justin, cuando lo trajo de Cantón en un buque con objeto de que cuidara al niño, huérfano de madre. Nadie, ni siquiera Justin, conocía la identidad de ésta, qué le había sucedido ni dónde había nacido él. Sólo Nathaniel lo sabía, y nunca revelaría el secreto. Constituía uno de los grandes misterios de Nueva York y era la fuente de interminables conjeturas entre las familias de los navieros ricos que en 1850 dominaban el próspero puerto.

—¡Date prisa, niño! —le apremió Ah Pin al tiempo que le quitaba la camisa de dormir. El torso desnudo, de piel blanca como la leche, ya comenzaba a adquirir una muscu-

latura atlética, que desplazaba las formas redondeadas de la pubertad—. ¿Quién sabe lo que Sylvaner sería capaz de hacer a tu padre si tú no estuvieses presente?

—Ah Pin, Sylvaner no va a asesinar a mi padre.

—¿Crees que no? Le he escrutado los ojos muchas veces; ¡tiene una mirada asesina! Puede que no a tu padre, pero te matará a ti.

—Has leído demasiadas novelas baratas —replicó Justin mientras se ponía los calcetines y los zapatos.

Su niñera y madre sustituta le dio una camisa limpia y blanca, confeccionada con el algodón más fino de Egipto. Aunque Justin era un hijo bastardo, el viejo Nathaniel Savage malgastaba su fortuna en atenderle: le compraba ropa de excelente calidad, los mejores libros y le brindaba la mejor instrucción. Se rumoreaba que de ese modo el viejo trataba de mitigar el sentimiento de culpa que le producía el que el niño fuese ilegítimo. Todos sospechaban que la madre de la criatura había sido una actriz, porque Justin era un muchacho muy guapo y a Nathaniel siempre le había gustado el teatro. Otros comentaban que era la esposa de uno de los numerosos empleados de Nathaniel, quizás incluso la del capitán de una de sus naves. Los barcos de la Savage Line pasaban muchos meses en alta mar, y ¿quién podía saber qué ocurría en tierra? Fuera cual fuere la verdad, lo cierto era que la misteriosa mujer había sido el gran amor de Nathaniel. Así que para los neoyorquinos aficionados a la chismografía, es decir, la ciudad entera, la secreta aventura de Nathaniel Savage constituía un enigma que todos ansiaban desvelar.

Ah Pin pasó amorosamente diferentes cepillos de madera por el hermoso cabello de Justin antes de hacerle salir a empujones del dormitorio del último piso de la enorme mansión de Washington Square. Era una fría mañana de abril; los árboles de la plaza ya comenzaban a mostrar nuevos brotes, mientras que en el suelo asomaban los tallos de los tulipanes, tentando a los ratones residentes a cavar la



tierra en busca de los bulbos. Cuando bajaba corriendo por la escalera, ancha y alfombrada, con una imponente balastrada de madera tallada desde el quinto piso hasta el segundo, Justin echó un vistazo a la plaza desde las ventanas de los rellanos. El muchacho no pensaba en la primavera. Su joven mente se entusiasmaba con la maravillosa noticia de que el *Sea Witch* había efectuado la travesía desde China en un tiempo récord, un acontecimiento que se difundiría por la ciudad como reguero de pólvora. El puerto de Nueva York se había convertido en el más grande del mundo, superando aun al de Londres cuando la Black Ball Line cubría el trayecto Nueva York-Liverpool a una velocidad nunca soñada, y las grandes compañías navieras, como la A. A. Low & Company y la N. Savage & Son, sacaban sus buenas tajadas del fabuloso comercio con China que antaño habían dominado los ingleses. Los nuevos clípers estadounidenses, como el *Sea Witch*, eran la maravilla del mundo. Debido a que eran muy rápidos, incluso duplicaban el valor del flete que cobraban los buques mercantes ingleses, más lentos, y así, gracias a la inventiva yanqui, a veces tan temeraria, y a la habilidad de los marineros, los armadores como el padre de Justin amasaban considerables fortunas.

Al llegar al rellano del segundo piso, Justin oyó la voz de su padre a través de la gruesa puerta de roble de su dormitorio. El muchacho llamó con los nudillos. Fue Sylvaner Savage quien la abrió.

Si bien Justin no compartía la opinión de Ah Pin de que Sylvaner quisiera asesinar a Nathaniel, tampoco se hacía ninguna ilusión de que sintiese afecto hacia él. El hombre alto, enfundado en una gruesa chaqueta negra, lucía barba y una rizada cabellera color azabache que había cautivado a muchas jovencitas neoyorquinas; miró a Justin de arriba abajo con una expresión que distaba de ser afable.

—¡Ah, Justin! —exclamó con su grave voz—. Supongo que te has enterado de la noticia por tu niñera.

—Sí, y es muy emocionante.

—Ven, muchacho —llamó su padre desde la gran cama imperial.

Sylvaner se hizo a un lado, y Justin se apresuró a entrar en el dormitorio de alto techo, mobiliario Victoriano y araña de bronce. En otros tiempos, Nathaniel Savage había sido un hombre de imponente estampa, uno de los mejores capitanes de barco de Nueva York. En la actualidad, sin embargo, contaba setenta y cuatro años, y una serie de ataques de apoplejía le habían dejado semiparalítico y postrado en la cama. Al ver a Justin, su cadavérica cara se iluminó, detalle que no escapó a Sylvaner. Ya había visto aquella cariñosa sonrisa en numerosas ocasiones. Sylvaner, que tenía treinta y siete años, odiaba a su hermanastro.

—¡Un récord, muchacho! —exclamó Nathaniel mientras abría los brazos para estrechar a su hijo—. ¡Por Dios, piensa en lo que eso significa! De Cantón a Nueva York en ciento veintiséis días, doce horas y cuarenta y dos minutos. ¡Imagínate! ¡Un milagro! ¡Dios mío...!

Tuvo un acceso de tos. La señorita Pry, la enfermera irlandesa, apartó a Justin para dar unos golpecitos en la espalda al anciano.

—¡Ya le advertí que no debía alterarse! —observó—. Hace muchas semanas que arrastra ese resfriado...

—¡Déjame en paz, arpía del demonio! —espetó él—. ¡No tardaré en morir, y eso sin necesidad de tu ayuda!

—Es usted un viejo malvado —replicó la enfermera—. ¡Cruel y orgulloso..., demasiado orgulloso para hacer caso a los médicos, que tratan de evitar que estire la pata! ¡Ellos le aconsejan que guarde cama, y usted empieza a resoplar como una ballena porque uno de sus condenados barcos ha batido un récord de velocidad!

—¿«Condenados barcos»? —vociferó el anciano—. ¡O hablas con más respeto de la Savage Line o te juro por Dios que te mandaré de vuelta a tu Irlanda podrida como una patata, donde podrás morir de hambre con el resto de

tu miserable raza! ¡Mis barcos son los mejores del mundo, y si lo olvidas, te acordarás de mí! ¡Los mejores!

La señorita Pry se encogió de hombros, como si hubiese oído aquello antes; en cambio Justin, que también conocía esas palabras, se hinchó de orgullo porque estaba de acuerdo con su padre; los siete hermosos clípers de la Savage Line eran, en efecto, los mejores, los más veloces y bellos barcos del mundo. El chico soñaba con llegar a convertirse algún día en el patrón de una nave de la Savage Line y con navegar hasta los cuatro puntos cardinales del globo por el goce de la aventura y de los beneficios que le reportaría. En la mente de Justin lo primero era mucho más importante que lo segundo. Ya había visitado las oficinas de la N. Savage & Son, situadas en la parte inferior del East River, en un edificio de cinco pisos de John Street, entre la Front y la South, donde se contabilizaban los millones de los Savage; pero aun cuando sabía que las ganancias constituían la base de la industria naviera estadounidense, era la aventura lo que hacía latir su corazón. Justin había dado sus primeros pasos a bordo de los buques de la Savage Line, todos con la palabra «mar» en su nombre, de modo que conocía las velas y los cordajes como la palma de su mano, si bien su padre nunca le había permitido trepar a las arboladuras, por temor a que cayese. Justin sabía utilizar la brújula y había seguido los movimientos del Sol y la Luna desde la ventana del piso alto de la casa de Washington Square, a pesar de que no contaba con un verdadero horizonte. Había devorado la obra de Bowditch, la biblia del navegante. El mar, hermoso, misterioso, siempre cambiante y en ocasiones letal, excitaba a aquel inquieto muchacho del mismo modo que el perfume de una mujer excitaría al hombre unos años más tarde.

—Padre —intervino Sylvaner, al pie de la cama de madera tallada—, la enfermera Pry tiene razón: no debes agi-tarte. Tememos por tu salud.

Aunque Sylvaner era el único heredero legítimo, en el cerrado mundo de las familias navieras de Manhattan se sabía que él y su padre no mantenían una buena relación. Era bien conocido que Sylvaner, quien se ocupaba de la contabilidad del negocio familiar desde que su padre comenzó a sufrir los ataques, tenía muy mal genio y la fuerza bruta necesaria para respaldarlo.

Nathaniel se recostó contra los mullidos almohadones orlados de encaje y miró a su hijo con indignación.

—¿De modo que temes por mi salud, Sylvaner? —replió con tono jocosos—. ¿Por qué no me dices la verdad? Lo que temes es que mi salud mejore, ¿eh? Seamos menos hipócritas. ¿No te parece que sé muy bien que tú y Adelaide estáis impacientes por enterrarme?

—¡Eso no es cierto, padre! —exclamó Sylvaner.

—¡Y un cuerno! ¡Nunca me has perdonado que engendrara a Justin, maldito hipócrita! ¡Quisiera tener cien dólares por cada bastardo que has engendrado tú!

—¡Mentira! —chilló Sylvaner, y su hermoso rostro moreno se encendió de rabia—. ¡Nunca he sido infiel a Adelaide...! ¡Enfermera, fuera! ¡Salga de aquí!

La señorita Pry, que parecía a punto de desmayarse, se encaminó hacia la puerta.

—¡No des órdenes en mi casa! —gritó Nathaniel, y entonces comenzó a toser de nuevo.

—Si quiere matar a ese hombre —advirtió la enfermera Pry a Sylvaner—, siga gritándole. En cinco minutos habrá acabado.

La mujer salió de la habitación y Justin se acercó corriendo a su padre.

—Padre, por favor, tienes que calmarte —aconsejó.

—Dame la medicina —murmuró su padre señalando un frasco de la mesilla de noche.

Justin llenó una cuchara y la acercó a los labios de Nathaniel, que tragó el líquido, hizo una mueca y luego se de-

jó caer contra los almohadones. Sylvaner había logrado dominarse.

—Padre, lo siento —se disculpó—, pero me duele que lances esas insinuaciones sobre mí y Adelaide. Sabes que te profesamos un gran afecto.

—Tú me odias con toda el alma —musitó el anciano—. Merecerías que dejara la compañía a Justin.

Sylvaner se puso blanco como el papel.

—Yo soy el legítimo heredero —masculló.

—Sí, pero Justin es mejor persona que tú. Ahora, sal de aquí. Ve al muelle y espera al capitán Whale. Luego tráele aquí para que me dé el informe. ¡Lárgate de una vez!

Sylvaner dirigió a Justin una mirada que dejaba poco lugar a dudas con respecto a lo que pensaba de él. A continuación salió de la habitación.

—Vaya, vaya —dijo Nathaniel con una risita—. Le he sacado de las casillas, ¿eh, Justin? ¿Has visto la cara que ha puesto cuando amenacé con dejarte la compañía? Temí que se desmayara como una doncella.

—Padre, ¿por qué Sylvaner me odia tanto? —preguntó el muchacho.

—Ah, bueno —repuso el hombre con un suspiro—, supongo que en parte es por culpa mía. No es un secreto que te quiero más a ti que a él. Cada vez que ese maldito Sylvaner pone los pies en un barco, vomita por la borda. ¡Menudo marinero! Vamos, Justin, hijo mío, acércate a la cómoda, abre el cajón de arriba y tráeme un libro encuadernado en cuero.

Justin obedeció. Tras cruzar la floreada alfombra Axminster, abrió el cajón de la cómoda, de donde extrajo un libro pequeño, con tapas de cuero y el epígrafe *Diario, 1837*. El volumen tenía una traba. Volvió con él junto a la cama y se lo entregó a su padre.

—Últimamente he pensado mucho en ti —explicó Nathaniel, mirando el diario—, en tu futuro. Ya no estaré mucho tiempo más en este mundo, Justin. Por fin, Doc van

Arsdale ya no se toma la molestia de mentirme. Asegura que el próximo ataque será el último, lo que me parece muy bien. Un hombre que fue tan activo como yo no encuentra ningún placer estando postrado en la cama un día tras otro. En cualquier caso, lo que quería decirte es que he decidido pedir al capitán Whale que, cuando parta hacia China el mes próximo, te enrolle en el *Sea Witch* como grumete.

—¡Padre! —exclamó Justin con la cara radiante.

Nathaniel tendió la mano para coger la de Justin con una sonrisa en los labios.

—Sabía que la noticia te alegraría. Llevas el mar en la sangre, como yo. Por eso estamos tan unidos. Probablemente, ése es el verdadero problema que existe entre *Sylvaner* y yo. No se trata de que sea un bellaco capaz de escupirte en la cara para lograr lo que desea, ni de qué falsee las cuentas en la oficina, robándome lo que le da la gana porque sabe que estoy demasiado enfermo para controlarle. ¡Lo que me desespera es que al maldito no le gusta el mar!, y eso, tratándose de un *Savage*, es inconcebible, ¿lo entiendes? Tú, en cambio, lo amas, hijo. Lo noté cuando sólo levantabas un palmo del suelo. Por eso traje a Ah Pin para que te criase y te enseñara su lengua. Algún día llegarás a ser el patrón de un barco, y entonces te será de mucha utilidad hablar chino. Ya ha llegado el momento de que comiences a navegar. Te aseguro que no será sencillo. Ichabod Whale trata a su tripulación con mano dura y no te pondrá las cosas fáciles por ser mi hijo. Pero con él aprenderás el oficio, muchacho. Sé qué harás que me sienta orgulloso de ti.

—¡Oh, padre, ya lo creo! ¡Me has dado el mejor regalo del mundo!

—No, Justin —replicó Nathaniel con un suspiro—. No; yo te he defraudado, y eso es un peso que llevo en el alma. Fui un viejo imbécil que se enamoró de una joven muy bella, tu madre. Así que te he dado mi apellido y te he adop-

tado legalmente tratando de compensar la tristeza y la pena que causé a tu madre. Pero todo Nueva York sabe que no eres mi hijo legítimo, y tendrás que luchar contra esa realidad toda tu vida, porque éste es un mundo asquerosamente hipócrita. Un día serás un hombre rico, Justin. A pesar de lo mucho que detesto a Sylvaner, debo legarle la compañía porque él es el legítimo heredero. De todos modos, cuando yo haya muerto, jamás te faltará dinero. Lo único que no puedo darte es la legitimidad, y lamentablemente eso se valora mucho en Estados Unidos.

—Padre, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, hijo.

—¿Quién era mi madre? Sé que quieres mantener su identidad en secreto, pero me resulta terrible desconocer quién fue mi madre.

El anciano levantó el pequeño libro de tapas de cuero rojo.

—Todo figura aquí, Justin. La historia completa. El día que embarques en el *Sea Witch* te entregaré este diario para que lo leas en alta mar. Te sorprenderá, muchacho. De todos modos te diré una cosa: tu madre fue el ángel más dulce que jamás haya pisado esta tierra. Nunca tendrás que avergonzarte de ella.

Unas lágrimas aparecieron en los ojos del muchacho. Había oído rumores sobre su madre de labios de algunos socarrones compañeros de escuela: que era una actriz de mala vida, que era la esposa de un capitán de Nathaniel..., en fin, habladurías que habían constituido el entretenimiento de Manhattan durante doce años.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó el muchacho—. He pensado toda suerte de cosas horribles...

—Lo sé, y lo lamento, pero no podía revelarte la verdad hasta que tuvieras edad suficiente para entenderla. Cuando leas este diario, creo que comprenderás el porqué. Ahora, ve a desayunar, y di a Chin que suba a lavarme. Debo estar presentable para recibir al capitán Whale. Dame un beso.